

Filósofos vs. poetas (A modo de introducción)

Es muy conocido el pasaje de *La República* en el que el parlanchín de Sócrates condena la poesía y expulsa a los poetas de la ciudad ideal diseñada para el gobierno ejemplar del filósofo-rey. No hay relato del éxodo de los poetas, pero no es difícil imaginar su salida en fila doliente y desordenada, atentamente vigilados por la implacable mirada de unos soldados en uniforme perfecto y su sucesiva búsqueda de acomodo allende los muros recién levantados. Los muros eran expresión del orden naciente. Los soldados también. Unos y otros obedecían a una nueva ley de los hombres que ponía el bien de la ciudad –imaginada y abstracta– por encima de la libre voluntad de sus empíricos habitantes. No importan aquí los motivos de la expulsión, límpidos en el relato platónico, sino el fehaciente hecho de que la construcción de la ciudad de los hombres iba a llevarse a cabo desde la lógica de la exclusión. En la ciudad gobernada por el filósofo-rey no había sitio para poetas.

No todos los poetas abandonaron la ciudad, claro está, pero quedarse en ella exigía el trance de la conversión a la nueva ley de la filosofía. Hubo conversiones, sin duda, y en ellas, desde luego, hubo de todo. La crítica, de valorativa pasó a ser inquisitorial. Vigilar, castigar. Hubo cripto-poetas que abjuraron públicamente de su fe en la poesía para seguir entregados a ella en sus prácticas privadas y más escondidas. Vivir peligrosamente. Y hubo poetas que abjuraron sinceramente convencidos de su antiguo error y abrazaron con devoción la nueva servidumbre de la poesía en el concierto ordenado de la ciudad sometida al gobierno de la filosofía. Vale quien sirve. Era cuestión de fe, y en la ciudad hubo de todo.

Fuera de ella también, desde luego. Los poetas acamparon fuera de los muros y siguieron con lo suyo. Con lo de siempre. Conviene recordar el fango y la lluvia del camino, las maletas de fortuna y las manos tendidas hacia los más

pequeños e indefensos. La curiosidad más fuerte que el miedo que salía a despedirles, corazones rotos y lágrimas escondidas. Quizá la llave en el bolsillo de una casa a la que sabían que no habían de volver. Recuerdos que iban a pasar de padres a hijos como horizonte de un sueño imposible. Fuera de la ciudad no había orden ni concierto, sino el simple agregado de humanidad que sigue a la desesperación y a la derrota. El precio iba a ser muy alto, pero con ellos –con su vida– la poesía no se doblegaba al nuevo orden de la filosofía. Y aceptaba el margen.

El margen, la soledad y un cierto silencio.

— Dicen que Platón también era poeta.

— Yo también lo he oído.

— ¿Y no habría contradicción?

— La vida es contradicción. De todos modos creo que no. Para mí está claro que Platón no condena la poesía. Quien condena a los poetas es Sócrates.

— Pero Sócrates dice lo que Platón quiere que diga, lo que él como autor le hace decir en los diálogos que crea o recrea. En sus diálogos estamos muy lejos de poder pensar en la autonomía del personaje literario como Pirandello o Unamuno han hecho después.

— Desde luego. Pero eso no quiere decir que Platón sea reconducible a uno de sus personajes, ni siquiera al principal de ellos. Platón es la compleja trama que urden sus criaturas en el entramado de sus diálogos. Desde luego no es Sócrates. Cuando Flaubert dijo aquello de *Madame Bovary c'est moi*, no se refería al personaje, sino a la novela. A la Novela, Belano, a la novela.

— ¿Y dónde están sus poesías?

— Se perdieron. O quizá no: dicen que hay quien anda buscándolas por los desiertos de Sonora. Tú sabes de qué hablo. Lo cierto es que no nos han llegado. Tampoco es seguro que las escribiera. Lo que quiere decirse con ello es que en sus diálogos hay siempre una apelación al mito, un recurso a la arquitectura del mito. Algo así como un caminar por la senda de la dialéctica en pos de la verdad, pero sin llegar nunca a alcanzarla definitivamente. Para ese salto en el vacío se necesitan las alas del mito.

La ciudad crecía con orden y los siglos iban trayendo a ella sus sucesivos ensanches. Un solo Dios, una sola Razón, una sola Historia. Europa y la obligada occidentalización del planeta. En ese vértigo fueron creciendo la ciudad y sus muros. En ese mismo vértigo fue creciendo un canon de los saberes que iba a hacer de la universalidad una cuestión intramuros. El ser estaba dentro, o sólo desde dentro se lo podía entender y comprender. Fuera no había nada: nada que valiera la pena más allá del acopio de materias primas o de la mano de obra barata para las industrias y las andanzas del progreso. Y la ciudad salió a conquistar el desierto inaccesible, a abrir caminos en la selva oscura, a colonizar los espacios desconocidos, a evangelizar a la varia otredad semejante.

Fuera no había nada, dijeron. Y como si nada se comportaron las huestes de conquistadores y misioneros que salieron de la ciudad para hacer del mundo un lugar a su misma imagen y semejanza.

No había conocimiento, dijeron. Sólo mitos, idolatrías, engaños, falsedades. Algo semejante a aquella poesía que la ciudad expulsó en su constitución originaria. Nada comparable al saber seguro –claro y distinto– de la ciencia y de la filosofía. Ya no era Amor quien regía la atracción de los cuerpos, sino una fuerza no menos misteriosa –pero más abstracta y más fría– intuida en la caída de una manzana podrida.

La disidencia de la ciudad crecía y a veces los soldados la estrellaban contra los muros. La sangre de las piedras se limpiaba siempre antes de que el sol levantara y los cadáveres se ocultaban a la común visión ciudadana para evitar turbaciones y preguntas. Había quien de improviso desaparecía y su memoria se manchaba oficialmente con inusitada fiereza. Un traidor, un espía, un hereje, un desviado o un pervertido, se decía. Fuera los poetas coloraban los muros con grafitis y extendían murales que denunciaban la lógica hegemónica de un mundo reducido a las leyes de la razón del filósofo-rey. Pero dentro nadie les tomaba en serio. No es que el mundo se hubiera convertido en fábula, sino que los herederos del filósofo-rey habían impuesto al mundo su propia fábula del poder-saber.

- ¿Un poeta-filósofo?
- Sí, dale, algo así. Como Jorgito Santayana.
- O como el bigotudo de Nietzsche.
- O como el cegato de Borges.
- Quizá haya que ver también una cierta poesía en la geometría de Spinoza.
- Y en la estructura del *Tractatus*.
- A veces pienso que *Juan de Mairena* no se ha entendido bien en España porque los boludos lo leen como si fuera el libro de un poeta. ¿Entendés? ¡Cuánto no ganaría ese libro emparentado con *Zarathustra*, por ejemplo!

El alma de la ciudad se refleja en su trazado. Los mapas siempre se olvidan de las periferias. Sólo el centro histórico y poco más. Las calles y plazas principales, los palacios más blasonados, los templos, los museos, los jardines con estatuas. Donde acaba el mapa empieza otro muro. Uno que no se ve pero cuyos efectos se viven cotidianamente: en el transporte público, en el precio del suelo, en los índices de alfabetización o desempleo. La arqueología podría contar otra historia, pero no lo hace. O lo hace en tanto que prehistoria de una mal pretendida historia verdadera. Todos la aprendimos en la escuela. Todos la aceptamos como el inicio que nos explica en esa gran aventura de la humanidad que hemos dado en llamar Historia de la filosofía. Capítulo primero: del *mythos* al *logos*. Una conquista, dijeron. Algo semejante a la posición erecta, a la rueda o al fuego. Así dijeron, y el eco repetido acabó por hacerse en la muchedumbre creencia indubitable.

Los de afuera contaban otra historia. No una, sino cientos de historias. En todas ellas la aventura de la ciudad se miraba con resignación y tristeza. También con temor y con un cierto desasosiego. No había habido triunfo alguno, pensaban ellos, los de afuera, sino vencimiento y derrota. Los poetas no veían ningún salto evolutivo ni progreso ni nada que pudiera decirse semejante: *mythos* y *logos* ni se contraponían ni para ellos debían resolverse en ninguna relación dialéctica de supremacía o privilegio. Eran modos distintos de perseguir el conocimiento de lo real, diferentes formas de declinar la

misma insaciable sed de conocer del vario acontecimiento humano sobre el planeta.

En la ciudad, en cambio, el filósofo-rey decretó el privilegio del *logos*. A la verdad sólo podía accederse desde la fidelidad de su cultivo, pues sólo el procedimiento lógico ofrecía garantías para el des-velamiento de la verdad y para su sucesiva manifestación en el paso sin fugas de unas proposiciones a otras. La verdad iba a ser cosa de la ciencia y de la filosofía. A los poetas de la ciudad se les concedía el cultivo de la belleza. Pero no de cualquier belleza, sino de la belleza edificante y con fines pedagógicos, la que no turba el orden y sirve de solaz al reposo y al ocio ciudadanos. Leer antes de dormir. Los mitos eran mentira: historias para contar a los niños y entretener sus juegos. Historias bellas de personajes bellos, pero falsas. Falsas, dijeron.

Fuera no creían en la falsedad de los mitos. Los poetas extra-muros pensaban que el *mythos* construía una verdad que se le iba revelando al hombre en la meditación circunstanciada de los sucesos ficcionales. El mito habla en concreto, habla aquí y ahora, habla a alguien. A ese alguien sólo se le revela si se ha hecho merecedor de su secreto. Hay un trabajo interior que llevar a cabo, un ejercicio de apertura de la intimidad del sujeto al que le salen al paso las palabras del mito, las palabras que el mito pronuncia sólo para él. Es un don. Y ese don es *métodos*.

— La literatura es eso: la relación con el misterio.

— Una relación profunda, intensa como el sexo en una noche sin esperanza y sin luna –apuntó Cesárea Tinajero sin dejar de mirar la línea del horizonte que se perdía tras la ventana.

— La literatura se lee con el cuerpo entero.

— ¿Y la filosofía no?

— No, la filosofía no. Me refiero a la filosofía institucionalizada en ese canon hegemónico cuyo relato triunfante se halla en la Historia de la filosofía.

— También hubo filósofos que salieron de la ciudad ideal con los poetas.

— Desde luego, pero difícilmente se los ha llamado filósofos. Ni ellos mismos se llamaban así para evitar confusiones. Los humanistas, por ejemplo, preferían el nombre de gramáticos.

— Y hacían filosofía comentando a los poetas.

— Sin duda, pero en la ciudad dijeron que aquello era retórica no más, y que la retórica no era ciencia, sino un saber menor, algo así como una destreza o una técnica, como jugar bien a las cartas o descifrar el sentido de la escritura en una lengua abandonada.

— ¿Cuándo se jodió la filosofía?

— Mirá Zavalita, yo creo que cuando dejó de ser amor a la sabiduría. Ahí no más.

La ciudad ideal es jerárquica. Hay centros y periferias, palacios nobles y edificios en ruina donde se trafican el sexo y las drogas. Plazas con estatuas y jardines donde los perros disputan el espacio a la miseria de una humanidad vagabunda y despojada. Anchas avenidas soleadas atravesadas por el lujo y calles estrechas y descuidadas donde barato es sinónimo de fealdad y la fatiga se cuenta en billetes pequeños y monedas que no alcanzan. Y no es que el filósofo-rey la hubiera imaginado así, que no, desde luego, sino que su proceder consistió en trabajar con ideas –abstractas, demasiado abstractas– sin considerar su exacto engarce en el reino de este mundo, donde no viven solas las ideas ni solas se relacionan unas con otras, sino también las pasiones que acompañan el cotidiano devenir de una humanidad en busca de redención.

La estructura urbana de la ciudad ideal refleja la disposición de los saberes en el canon del filósofo-rey. También en él hay centros y márgenes. La literatura es un margen. La ciencia y la filosofía un centro. La religión, en pasado poderoso centro, acabará marginada y convertida también en margen. El filósofo-rey consideraba funcionales a los dioses y por eso había previsto templos y procesiones. También en su pensar era funcional la literatura: debía tener un fin educativo, o por lo menos, no interferir en los programas educativos de sus ministros competentes. Aunque quizá la viera, en el fondo,

como un mal menor, como algo que no lograba comprender pero que tenía que tolerar y saber encauzar dentro del diseño urbano de la ciudad imaginada.

El problema era que la literatura no servía. Ahí estaban los poetas extramuros para dar fe de su inutilidad y de su incapacidad para servir. *Non serviam*, decían. Habían salido de la ciudad sin oponer resistencia y habían acampado apenas fuera de los muros. A la buena de dios. Dentro no lograban entender si su campamento miraba hacia la ciudad o la daba la espalda. Tampoco entendían la alegría de sus noches alrededor de un fuego cualquiera mientras se contaban historias inventadas de seres imposibles y lugares desconocidos. O su relación con el entorno: los espías del filósofo-rey decían que los poetas se alimentaban sólo de los frutos de la tierra y que no mataban animales. Lo creado no era para la humana disponibilidad, decían, sino un misterio al que rendían culto y del que se sentían parte.

Dentro de la ciudad los secuaces del filósofo-rey pensaban que el misterio no era más que una zona en sombra a la que aún no había llegado la luz de la razón. Pensaban que la constitución de la ciudad iba en la dirección de la progresiva iluminación del mundo. Que la suya era la batalla de la luz contra las sombras. De la razón contra el misterio. Y los poetas eran sus enemigos, enemigos de la ciudad y del filósofo, pues vivían entregados a la custodia y al cuidado del misterio. El filósofo-rey no lo entendía. Y sentía una amenaza que le hacía pasar las noches en vela escrutando el cielo y las insondables estrellas.

A pesar de los muros y de los soldados, lo cierto es que la ciudad nunca logró atajar el comercio clandestino con los poetas de fuera. ¿Por qué les interesaban a sus ciudadanos aquellos libros llenos de mentiras? ¿Qué llevaba a arriesgar la vida buena de la ciudad buscando en los libros prohibidos de los poetas? El filósofo-rey vivía inquieto y sin respuesta.

— Yo no leo para saber más. O para conciliar mejor el sueño después de una jornada de ocio o de trabajo. Yo, mi buen Sancho, leo para vivir. Para poder vivir.

— A mí también me gustaban las historias que oía en la taberna y a veces he pensado que iba más por escucharlas que por la jarra de vino.

— Lo he dicho muchas veces: yo sé quién soy. Pero lo sé porque he templado mi espíritu en la lectura de las historias de los caballeros andantes y de las doncellas maltratadas. Mientras leía me sentía vivo, como si yo mismo estuviera llevando a cabo esas hazañas. Y si leía de un beso sentía la humedad entre mis labios, y si de batallas, sentía mi brazo cansado del esfuerzo y mis ropas manchadas de sangre y fango. Y era verdad, Sancho. Yo ya no sé si hay o no hay gigantes, pero lo que sí sé es que yo he peleado con ellos. He tenido experiencia de esa lucha sin igual. Porque la lectura no es algo que se hace en la vida, sino que es la vida misma. Leer es –sin duda– una experiencia de vida.

Un mal menor, se dijo a sí mismo el filósofo-rey. Y en seguida sintió como una iluminación subitánea, algo así como el inicio de algo abominable y perverso que iba a alojarse en su mente y a hacer su andadura hasta convertirse en sospecha y luego en certeza. Ni menor ni mayor, simplemente era el mal. El mal y basta. La literatura era el mal. O tenía que ver con el mal. No lograba dar forma clara a su pensamiento y más que una evidencia parecía algo salido de un sueño, una zarza ardiendo al borde de un camino y una voz que grita en una lengua desconocida. ¿O no eran gritos?

Él había querido hacer de la ciudad la región más transparente. Después pensó que esa transparencia debía salir de la ciudad y tomar posesión del mundo. Del universo y de la vasta realidad toda. Lo consiguió. Al cabo de los siglos el mundo se ofrecía siempre iluminado. Incluso las noches brillaban. Y fue entonces que la transparencia devino opaca. Todo se veía a su través, pero era como si nada se viera. Al fondo, en efecto, no se veía nada. Las matemáticas decían lo que tenía que haber y sólo después –a veces mucho después– los científicos aparecían contentos y se dejaban hacer fotos diciendo que lo habían visto. Que de verdad lo habían visto. Un quark aquí, un bosón allá...

El problema es que ya no se sabía lo que se veía. O que no era el hombre quien veía las cosas, sino que el orden de la ciudad construida por el filósofo-

rey había delegado la visión a extrañas maquinarias que empezaban a escapar de su control. La hegemonía de la imagen científica del universo había venido a parar en todo eso. La gran aventura de la modernidad a la postre podía también leerse como la mayor tragedia de la historia. De todas las historias. A más desarrollo más desastre. A mayor progreso mayor horror. Con Auschwitz se pensó haber tocado fondo. Lo pensó el filósofo, sin duda. Pero era un fondo oscuro, iluminado por una de las luces más negras de las innumerables luces concitadas por el hombre en su sueño de omnipotencia. Nada se detuvo y la historia siguió su curso como si nada, acaso el mismo camino de siempre hacia la nada.

Dijo el filósofo que escribir poesía después de Auschwitz era un acto de barbarie. De barbarie, dijo. No pocos de los profesores y estudiosos más disciplinados se aprestaron a interpretar sus palabras y a darles su recto sentido. También él lo hizo. No se les ocurrió pensar que lo que acaso ya no pudiera escribirse después de Auschwitz era precisamente filosofía. O por lo menos que esa filosofía que había guiado el curso de la modernidad mirando el mundo desde las almenas de la ciudad ideal acaso debía hacer acto de contrición y salir a pedir perdón a los poetas que seguían acampados fuera de los muros.

Perdón por el exilio.

— Después de Auschwitz la filosofía no ha hecho más que lavarse la cara y mirar para otro lado.

— Todos maldiciendo del nazismo y a la vez reverenciando al filósofo que nunca pidió perdón ni retractó de lo que hizo. Ahora ya sólo un Dios puede salvarnos, dijo. No se refería a Auschwitz, desde luego, pero era claro que la partícula temporal caía después de su evento.

— La jerga del evento. Cuanto pastor sin rebaño persiguiendo a un ser que cada vez se parecía más a la conquista de una cátedra.

— Fue la mayor impostura de la filosofía.

— ¿Te acuerdas de los filósofos postmodernos?

— Camisas a medida, zapatos de encargo y corbatas de Armani. La gran chingada. Dijeron que con ellos la filosofía euro-logo-falo-céntrica se iba a disolver en la literatura.

— ¡Qué jeta! Mamaban del filósofo-rey y querían follar con los poetas.

A la literatura le hicieron margen de la ciudad. Dentro vieron el negocio y los asesores y consejeros del filósofo-rey no se lo pensaron dos veces. Vieron la lógica del mercado y la ley de la oferta y la demanda. Que lo importante era vender, llenar las casas de libros, aumentar la plusvalía como fuera. A los libros les pusieron precio y código de barras y los poetas de la ciudad se dejaron seducir por la metáfora de la libertad que hacía cama en el mercado. Hubo quien de fuera entró clandestinamente en la ciudad para sumarse a la imparable carrera de los premios y de los éxitos de ventas. Y no es que el poeta tenga que morir de hambre, claro que no, pero una cosa es pasar hambre y otra vender el alma al dios dinero. La literatura como espacio de libertad, decían. Era de traca, porque no veían –eso sí que no lo querían ver– que había una libertad para ricos y una libertad para pobres. Ellos comían bien y tenían sus casas en los barrios más exclusivos de la ciudad, ganaban premios y les hacían entrevistas que luego repetían los suplementos y programas culturales de prensa y televisión. La crítica como propaganda y pilar del sistema: un blog aquí, un tweet allá, una cena de gala para promocionar un champú anticaspas. Aceptaron ser margen de la ciudad porque era su modo de estar en el centro y de hacer negocio, de cultivar un privilegio con smoking desde el que señalaban la pobreza del mundo con una copa de champán en la mano.

Fuera se daban cuenta de lo que sucedía dentro con la literatura. Les era clara la impostura de sus colegas de dentro y les preocupaba que sus propios libros se mezclaran con los de ellos en el gran bazar de la ciudad y en los mercadillos improvisados en sus plazas y en sus puertas. Fuera, en cambio, el margen de la literatura se declinaba de manera distinta. Muy distinta. No era un colocarse en el margen, pero permaneciendo dentro, aceptando las leyes del filósofo-rey y con ellas la marginalidad de la literatura en el conjunto de los saberes del nuevo canon, sino, en propiedad, un colocarse fuera de la ciudad,

allende sus muros y de su lógica y sus leyes. Era, sobre todo, defender una muy distinta comprensión de la literatura en el concierto de los saberes humanos. Para ellos –pobres poetas vencidos– la literatura era una forma de vida, y no podía ser, desde luego, un modo de ganarse la vida en la ciudad. La literatura para ellos era algo que sólo podía acontecer fuera de la ciudad, fuera de sus muros, lejos del trajín de sus calles, de sus mercados, bancos, bolsas, compañías de seguros, residencias de ancianos, universidades, oficinas de atención al cliente, hoteles de horas. No, la literatura no era un producto del ingenio humano para entretener las horas del ocio ciudadano, sino un modo de conocer el mundo, un modo de acercamiento a la realidad, distinto del de la ciencia o la filosofía, pero ni mejor ni peor, simplemente otro. Era el reino de lo concreto, de eso que se esfuma en cada abstracción conceptual o no puede reproducirse en ningún laboratorio porque irrepetible y único. El lugar que indaga las posibilidades abandonadas, los futuros frustrados, el amor a destiempo y los besos que se quedaron en camino y no llegaron. Los detalles: el ruido de una hoja que se desprende para caer, la ligereza de su caída acompañando la brisa, el choque delicado contra el suelo. Los detalles: un niño excavando un pozo en la playa para meter dentro el mar entero, una mujer azul leyendo un libro bajo la sombrilla, una sonrisa lejana. Los detalles: un hombre y una mujer en la sala de espera de un hospital, un hijo adolescente en coma por sobredosis, los recuerdos que a la postre los separan, han pasado veinte años y el rencor lo ha devorado todo.

Dios está entre los detalles. El poeta lo sabe y por eso insiste.

— O en los pucheros. Santa Teresa decía que estaba entre los pucheros.

— La poesía, señor hidalgo...

Insistir y resistir. Fundir en un mismo gesto la ética y la estética. Fundar la etitética. Resistir a la ciudad. Insistir en el camino que no se hace por sí solo. Resistir a la derrota e insistir en las vías que cierra la victoria. Nunca hay un solo modo de llegar. Es probable que ni siquiera se trate de llegar, sino de

comprender el tránsito –tal vez de hacerse mismamente tránsito. La literatura es eso: un camino que no lleva a ninguna parte. Pero es un camino cuyo tránsito consciente y responsable nos hace ser –sin duda– mejor de lo que somos. Mejor de lo que ya somos. No hay lectores malos, sino malos lectores. El mal, por lo demás, no es ausencia de bien, como quería nuestro filósofo, sino un aspecto de lo real. Y tiene consistencia ontológica, por supuesto. Pero: ¿cómo medir lo negativo? De las magnitudes negativas habló Kant en un ensayo de 1763. Lacan volvió sobre ese texto en un seminario de 1956: proponía a sus alumnos pensar la negatividad como positividad. ¿Acaso es eso posible? ¿No es precisamente ese proceder el que nos desvía del camino del entendimiento y comprensión de lo negativo?

La literatura no es el mal, desde luego, pero sí tiene mucho que ver con todo lo que cabe en la amplitud de su semántica, con todo lo que siempre ha sido ontológicamente problemático para la estela de los discípulos del filósofo-rey. Lo inconsistente, lo que no dura, lo que ni siquiera nace y se pierde sin nombre. El dolor sin sentido ni explicación posibles. El instante, la levedad, la ligereza. ¿Acaso no son reales los sueños? ¿Acaso no son reales las ilusiones? ¿Quién se atreve a decir que la literatura no es verdad porque no refiere hechos consumados? Como si sólo fuera real lo que se consuma y lleva a cabo, lo que efectivamente acontece. ¿Y qué es –que lo digan alto, si se atreven– lo que efectivamente acontece? ¿O es que acaso lo que deja de acontecer o no llega a acontecer no es un acontecimiento? El filósofo, tentado por la soberbia, responde lógica en mano, pero el poeta sabe que se equivoca. Y lo sabe porque todos hemos hecho experiencia alguna vez de un beso que no hemos dado y hemos sentido el peso insoportable de su ausencia en nuestras vidas.

El espacio de la piedad, eso es –quizá– la literatura.

— El Arcediano de Alcor fue sibilino en la traducción de Erasmo: al llegar a lo de *Monacatus non est pietas* escribió aquello de *El hábito no hace al monje*. Fue simplemente una genialidad contra el ojo avizor de los inquisidores.

— Pero la literatura es el hábito, el vestido de la lengua, el reino del cómo se dicen las cosas. No es que *lo que* se dice no sea importante, sino que eso que se dice sólo se desvela en el camino de la escritura que abre la retórica trabajando en el *cómo* de la expresión lingüística.

La filosofía ha tenido siempre una cierta obsesión por la pureza. La razón pura de Kant, el yo puro de Fichte, la experiencia pura de Avenarius... No estaría de más, en esta hora de crisis, desandar el camino andado hasta acá y empezar a ensayar formas de pensamiento alternativo. Formas que en modo alguno hayan sido responsables del túnel en el que andamos. Formas a las que este mundo devastado nuestro debiera dar una posibilidad, acaso la última que le queda antes de parar en la destrucción a la que de seguro vamos. Empezar a pensar, por ejemplo, desde lo impuro, desde el mestizaje imposible de las formas puras.

De relaciones peligrosas, sin duda, pueden definirse las habidas entre la filosofía y la literatura. Han albergado siempre el peligro de la impureza y el riesgo de una consiguiente condena. También de afinidades electivas, pues a la postre la relación que entre ellas nacía ha sido siempre subversiva y ha sido generalmente vista como amenaza a los cimientos del orden biempensante. Como un deseo consumado en el límite de lo imposible. El irresistible reclamo de lo imposible. Por más que ahora acaso se trate de pensar desde esa imposibilidad constitutiva de un orden ya más que desmoronado. Para que no se nos venga encima y nos sepulte debajo.

La destrucción o el amor, dijo el poeta —pero era un amor sin reglas ni prejuicios.

— ¿Y dices que van a sacar un libro hablando de las relaciones entre la filosofía y la literatura?

— Un libro no, un número de una revista, un monográfico o algo así. En una revista chilena que se llama *Hybris*. Pero no sé más nada, se lo escuché a un tipo que decía que le habían invitado a colaborar. Estaba ya borracho y

discutía con la camarera. No acerté a entender si quería más mezcal o si la quería a ella.

— En Chile hay buenos poetas, famosos y todo, y novelistas, cómo no, pero no sé si hay también filósofos. No me suena.

— A mí tampoco me suena ninguno.

— Ni a mí.

— Ni a mí.

— Es un país raro. Estrechito y largo, demasiado largo.

— Una loca geografía, le dicen.

— Es que eso de la filosofía no parece que encaja con la lengua española. Después del griego clásico o del latín parece que sólo hay filosofía en alemán o en inglés o en francés. No es un problema de Chile, sino de esta jodida lengua que los españolitos de antaño difundieron en sus correrías por el mundo.

— El oro que nos dejaron, decía el gran Pablo Neruda.

— A cambio del que se llevaron.

— Chinga de trueque.

— Indias preñadas y arieles y calibanes.

— Una herencia envenenada.

— Lengua de escritores, de poetas y novelistas.

— Y de curas y de milicos.

— A mí me parece que aquí entre nosotros no ha habido filosofía. Han circulado las ideas, eso sí, pero no se ha hecho filosofía. ¿O es que acaso en Oxford o en París estudian a algún filósofo de lengua española?

— ¿Y no os parece sospechoso?

— ¿El qué?

— Pues eso, que no haya filósofos en el campo cultural de la lengua española, o que los filósofos que se estudian en Oxford sean los mismos pinches que se estudian en Asunción o en Lima.

— No sé, no lo he pensado nunca así. Es discutible que haya un campo cultural de la lengua. Últimamente he oído hablar bastante de un pretendido espacio hispánico de reflexión, pero a mí me parece más un sueño que otra

cosa. Ese campo no existe, o por lo menos lo que predomina es su fragmentación.

— No son más que fronteras políticas.

— Son fronteras y crean un mosaico de fragmentos separados.

— En la escuela estudiaba física y las leyes de Newton explicaban la caída de los graves igual en Tijuana que en Berlín. Era natural pensar que con la historia de la filosofía pasara lo mismo. Y de hecho recuerdo que nos enseñaban sobre todo a interiorizarla como una historia propia en cuanto que historia general de la humanidad.

— ¿Y no es así?

— Pues miren, quizá no, quizá no. Quizá tenga razón aquí el amigo y sería mejor que empezáramos a pensar que esa historia de la filosofía es la historia de alguien, pero quizá no la nuestra.

— Eso es, compañero: la historia de un poder hegemónico que en los procesos de descolonización propios del siglo XIX quiso ganar de mano la partida en juego asignándose en el XX la última y más sibilina forma de colonización: la del conocimiento.

— Unamuno decía que el pensamiento de nuestra lengua había que ir a buscarlo en la mística y en la literatura.

— Mirá que Unamuno era gallego y cuando decía nuestra no se refería ni a los gachupines ni a los weones.

— Unamuno se carteaba con quien quisiera escribirle, que no era para nada subido, y la mitad de su correspondencia es con América latina.

— Yo creo que la comunidad de la lengua existe. Es una comunidad débil y quizá imposible, pero existe. Ándate que no hay diferencia entre aterrizar en Bogotá o en Berlín. La lengua común es como una casa precaria, pero es una casa que nos hace sentirnos seguros estemos donde estemos.

— De Río Grande a Tierra de Fuego yo no me siento extranjero.

— Pero lo eres.

— Pero no es lo mismo que ser extranjero en Australia o en Europa.

— ¿Y en España?

— Mirá, en España tampoco me siento extranjero, pero un pelín no estoy cómodo porque los gallegos van de subidos y nos miran como desde arriba.

— No se dan cuenta que ya nadie les caga en el mundo y que si el español es importante es porque lo hablamos acá.

— Millones y millones de desgraciados.

— México y Argentina estuvieron sentados a la mesa del G20 y los españoles se enteraron por los periódicos.

— Agua y ajo, compañero.

— ¿Y por qué decía eso Unamuno?

— No sé muy bien por qué, pero era como si la literatura en España o en América latina –que para el caso es lo mismo, es más, es como si fuera una sola literatura, la literatura de la lengua española– digo que para él es como si la literatura hubiera sido un lugar del pensamiento. Acaso un lugar donde el pensamiento tuvo que refugiarse. Acaso el lugar de su exilio.

— ¿Y por qué dices tú que el pensamiento habría tenido que exiliarse del vasto territorio de nuestra lengua?

— Pues porque la modernidad fue una formidable contienda que acabó coronando como hegemónico un modo de pensar y de ejercer el pensamiento. A eso llama la historia de la filosofía el desarrollo del racionalismo y del idealismo. Pero lo interesante es entender que no era el único modo de pensar, que había otros que fueron vencidos en tan singular batalla. Y que el vencedor se apropió del nombre de la filosofía y acabó por imponer su criterio y por escribir la historia. Así, a las otras modalidades del pensar se las despojó del nombre de filosofía: como mucho se decía que eran pensamiento, estableciendo una jerarquía impropia entre ambos nombres.

— Así que nosotros pensamos pero no filosofamos.

— Algo así.

— Nosotros la filosofía la importamos de Europa o de Estados Unidos.

— Dile tú a un joven de ahorita que haga una tesis sobre Jorge Millas o sobre Rodolfo Kusch. Te dirá, primero, que no los conoce, que en la Facultad de Filosofía nadie le habló de ellos, que había una materia donde se enseñaba pensamiento latinoamericano, pero que no era obligatoria y él no la tomó. En segundo lugar, te dirá que si quiere hacer carrera–y él quiere hacerla, vaya si quiere– es mejor que estudie a Heidegger o a Wittgenstein, porque ni Millas ni Kusch le iban a permitir después competir por una cátedra. Y luego

acaso te diga que él lo que quiere ser es filósofo, pero filósofo de verdad, y hacerse pastor del ser y escribir artículos en inglés para después poderlos publicar en las revistas mejor indexadas.

— ¿Y los de *Hybris*?

— No sé, pero con ésta ya la cagaron.

— Quizá puedan salvarse si en adelante se olvidan de las ovejas descarriadas.

— De la piedra desechada, etcétera etcétera etcétera.

— No puede decirse que no hayan tenido valor.

— Honor al mérito, pero de eso no se come.

— Che, dejálo ya que vamos llegando tarde y con la cháchara no encuentro la calle.

— ¿Otra vez que nos perdimos?

— Otra vez.

— Que no, que es por allí.

— Mirá en Facebook. O ponele un Whatsapp y que te diga.

— ...

— ...

Francisco José Martín
Editor invitado del número